

## EL NUEVO ORDEN Y LA POLÍTICA WILSONIANA<sup>1</sup>

Como el Pontífice en las guerras medioevales, el Presidente interviene para llevar a un continente desconcertado la tregua de Dios. El Papa protestante se opone desde Washington al César católico de Roma.

Oposición, desplazamiento del eje religioso del mundo, en que se manifiesta el antagonismo de dos tradiciones y de dos políticas. El Papa blanco anunciaba, durante la guerra, en fórmulas sibilinas, el advenimiento de una era armoniosa en que la justicia vencería a la fuerza; sugería, esperaba, en la quietud de su santa misión; no pronunciaba sentencias ni dirigía admoniciones. Levantaba una tímida cruz como si no hubiera querido irritar las pasiones colectivas. Aun cuando pensaba el Pontífice en Bélgica, cenicienta de un catolicismo demasiado neutral, no exigía, con bíblica ira, reparaciones. Insinuaba lo que sería el día lejano de la paz, el noble reino desolado.

Mientras tanto, un doctor protestante se indignaba y combatía por la justicia. Definía el deber presente para los pueblos angustiados. Su misticismo activo contrastaba con la paciente lección de Roma. En el duelo de dos Papas, el de América representa el cristianismo perdurable, la religión que disolviera un orden de realidades políticas y fundara en las conciencias el culto de la justicia absoluta.

El catolicismo, religión adecuada a la tierra, a sus contradicciones y sus lentitudes, ignora la rudeza de los profetas ingenuos que creen en un dulce milenario. Hubiéramos querido, en el árbitro santo del Vaticano, la antigua y heroica condenación de pontífices acerbos en presencia de Bélgica martirizada, de Armenia transformada en espantoso jardín de suplicios.

<sup>1</sup> Extraído de *El wilsonismo*, París, 1920, pp. 48-68. [THM]

Calló entonces el déspota bueno de las conciencias y surgió la admirable figura del cardenal Mercier, en quien se maridan dos grandezas, la santidad y la sabiduría. El Padre augusto expresó sin duda su tristeza al pequeño reino fiel; pero no olvidó los intereses del mundo, la tradición política de la Roma papal. El cristianismo convertido en Iglesia es religión y diplomacia, imperio y doctrina de justicia, autoridad frente a otras autoridades, cura de almas y atención necesaria a pasiones, ambiciones y riquezas.

Porque fue más simple, la inspiración de Mr. Wilson trajo a Europa profundas inquietudes espirituales. No comprendieron los políticos de la razón de Estado a este optimista impenitente que ofrecía a los hombres la paz definitiva y el reino de Dios. El Presidente sostiene que un viejo mundo complicado y artificial, donde se superponen en cada región civilizaciones diversas, puede ser reformado con esas francas soluciones de América, del continente que plasma a gentes extrañas, disuelve antagonismos centenarios y crea hombres nuevos sin fatiga.

Políticos, historiadores, filósofos afirman que erró el ideólogo generoso aplicando a realidades distintas principios uniformes. «No somos enemigos del pueblo alemán», repetía Mr. Wilson, separando a la nación germana de su gobierno autocrático. Pero ¿no ama la raza teutona, desde los tiempos de César, la guerra y la invasión? Cuando los estadistas reclaman garantías contra el sempiterno enemigo, se inspiran en la experiencia de diez siglos. Desconfían de provisorias almenas y buscan en un río cargado de historia el límite que evite o aleje nuevas invasiones del pueblo conquistador.

Mr. Wilson cree en la inmediata conversión de Alemania. Observadores menos lejanos, menos generosos, sostienen que el carácter de cada pueblo se mantiene idéntico durante centurias, que leves modificaciones no llegan a transmutar su ser profundo y que será por muchas décadas peligrosa para la paz de Europa «la furia teutónica».

Los pueblos deben gobernarse a sí mismos, declara el Presidente, y naciones y provincias de Europa, de Asia, de África, se levantan contra sus dominadores. Mr. Wilson multiplica conflictos en nombre de una paz durable. Europa se divide y subdivide, las tentativas de unidad, las grandes síntesis fracasan, se multiplican los nuevos Estados en la ruina y el dolor de los antiguos, naciones infantiles recogen la herencia de pueblos viejos y experimentados: la justicia absoluta, integral, engendra el caos.

¿Dónde está la verdadera solución de los conflictos europeos, en la relativa paz que ofrecían a poblaciones desemejantes los Estados fuer-

tes, o en la anarquía interminable que las reivindicaciones nacionales suscitan en el indefinido fraccionamiento de los Estados? El mundo avanzaba hacia la unidad; oponía a la dispersión la concentración, congregaba fuerzas en el orden intelectual, económico y político. Al contrariar esa impulsión profunda pueden traer una regresión los generosos principios del Presidente.

El Congreso de París declaraba el optimismo de las naciones liberales; no repetirá el error diplomático y político del de Viena; no construirá alianzas funestas para el dominio y el reparto del mundo. La paz permanente, no el orden sostenido por una coalición de autocracias, he aquí la obra próxima de las democracias asociadas. Si juzgamos las influencias de ambas asambleas según el criterio norteamericano, una regla pragmática, el tratado de Versalles, parece inferior al de Viena. Treinta años de paz sucedieron al pacto de los monarcas.

La política wilsoniana es la expresión de un continente original, de un mundo sin duras tradiciones, sin odios milenarios. Excelente cuando se aplica a naciones uniformes, generadora de unidad en América, es inadecuada a Europa, mosaico de religiones y de razas. En ella multiplica las querellas, revive aspiraciones regionales, que había amortiguado o vencido la nación, con la presión de leyes e intereses comunes.

\* \* \*

Europa reniega del pastor de continentes. Aceptó su severa ley, ofreció renunciar a su política tradicional —garantías, equilibrio, compensaciones territoriales, sustitución de hegemonías— y comprende que su alma doliente es incapaz de tal sacrificio. Luchan dos diplomacias en las cancillerías. *Et adhuc sub iudice lis est.*

Pero el continente americano con sus tres familias, sajona, española y portuguesa, no sólo ha restablecido el orden del mundo antiguo según el voto de Canning, sino que ha salvado una civilización. Los pueblos de Europa aceptaron, para vencer el ideal político de naciones lejanas, la cándida esperanza de Estados infantes y en el universo tembloroso se levantaron estrellas ignoradas.

¿Vencerá esta nueva cultura, generosa, optimista? Sin su contribución guerrera y financiera hubieran cambiado los destinos del mundo, se hubiera abismado el régimen político de los pueblos liberales, desaparecería de Europa la obra de los reformadores y de los revolucionarios. Francia, Inglaterra, Italia, hubieran sido vencidas por una América ger-

manizada, dócil a lecciones de violencia, sin otro ideal que la absorción del individuo por la inmensa máquina del Estado.

Sin duda las repúblicas del Sur, frágiles y fervorosas, no pudieron enviar una masa de hombres disciplinados para la reconstrucción del mundo. De todas partes, de México a las riberas del Plata, muchachos heroicos, inquietos, caballeros del ideal, acudieron a la cita sangrienta. ¿Adónde no llevaron su vida pura y su fe clara? En los campos de batalla de Europa duerme esta aristocracia de nuestra América, entusiasmo, desinterés, belleza. El continente español y portugués ofreció a Francia individualidades que encarnaban su más generosa ambición.

También reunió la América fuerzas morales, los imponderables de Bismarck, para que se inclinara, merced a esta sutil presión, el destino de Occidente. Expresiones de lúcida amistad, salmos de sus poetas, el oro abundante para curar dolores, una prensa romántica en que con nueva sonoridad [se] representan las victorias de los aliados, una legión de escritores que exalta a Francia, que admira a Inglaterra, un prodigioso concurso de fe activa acompaña a los ejércitos que resisten, que retroceden, que vencen en años de turbada esperanza.

Esta contribución de las fuerzas militares, morales, económicas, de las dos Américas, la sajona y la latina, decide de la guerra en Europa. Si se hubieran cerrado los puertos del continente español y portugués a los aliados, si Estados Unidos hubiera mantenido una neutralidad estricta en la cruzada contra Alemania, hubieran vencido definitivamente los Imperios autocráticos. Tal es la orgullosa convicción de América, del mundo que ha hallado en el Presidente apostólico su portavoz emersioniano, un *representative man*.

El wilsonismo no puede ya ser artículo de exportación. Los Estados Unidos, impotentes para llevar profundas transmutaciones a Europa y Asia, impondrán la justicia armada en el Nuevo Mundo. Olvidando, en nombre de universales intereses humanos, los límites que fijó la doctrina de Monroe a la política exterior de la Gran República, Mr. Wilson ofrece la paz justa a la guerra de Occidente, interviene como mediador, se interesa por pueblos lejanos, defiende a Polonia, a Bohemia y a Armenia.

No olvida, sin embargo, que existen problemas cercanos, intereses que tienen el privilegio de la vecindad, un orden de repúblicas sobre las cuales ejerce la América sajona hegemonía moral. El Presidente de la República del Salvador ha fijado, en una carta muy comentada, la importancia que los mensajes al mundo y los catorce artículos evangélicos del Presidente tienen para las futuras relaciones entre los dos grupos de

pueblos del Norte y del Sur. A la actitud de desconfianza de las democracias sucederán signos de franca adhesión.

Escritores y políticos expresaron con frecuencia su inquietud ante el desmesurado crecimiento político de los Estados Unidos. ¿Quién vigilará al formidable tutor? ¿Dependerá un mundo tumultuoso de la buena voluntad de este hermano mayor inclinado a bruscas agresiones y a peligrosos monopolios? Mr. Roosevelt alarmó a veinte naciones poniendo su mano robusta sobre Panamá. *I took Panama!*, exclamó orgullosamente, es decir, usurpé tierras ajenas, despojé a Colombia, reemplacé el imperialismo insidioso por la conquista franca. Y su risa, que domara en la jungla a los felinos, irritó a dos generaciones de iberoamericanos.

Del Presidente cazador al Presidente evangelista, cambió de programa y de ambición. Mr. Wilson se dirige a los americanos de tradición ibérica como a asociados de una gran comunidad política. Aspira a corregir los errores del pasado, a depurar la herencia política que recibiera de otros presidentes, a interpretar en actos públicos los sentimientos y las aspiraciones de las dos Américas. Mientras impere el wilsonismo en las direcciones de Washington, será la unión panamericana una asociación eficaz.

Republicanos partidarios de la violencia y de la anexión brutal podrán imponerle desde Washington un provisorio eclipse. Volverá a imperar porque los intereses de un pueblo industrial y el idealismo de sus grandes empresas políticas, desde la Declaración de los Derechos hasta la abolición de la esclavitud, desde Lincoln hasta Wilson, corregirán esas peligrosas desviaciones en su progreso ineludible.

El wilsonismo anuncia en América largos años de armonía continental. Por él la nación tutelar renuncia a la violencia, respeta a los Estados pequeños, condena viejos y flamantes imperialismos, ofrece una justa paz. Pronto los problemas del Sur recibirán atención y solución de la república cristianísima. El meridiano moral del continente pasa hoy por Washington. De Jerusalén a la metrópoli federal van las vías de Dios. El cristianismo fundamental resurge en la capital de un Estado democrático y lentamente se funda, como en la decadencia del orbe romano, un nuevo derecho de gentes.

Para conservar su autoridad en el mundo que surge dolorosamente del caos presente; para que se abisme para siempre un orden político fundado en la injusticia y en la violencia, necesitan los Estados Unidos conservar la paz en el Nuevo Mundo, apoyarla en seguras bases, mantener el wilsonismo en sus relaciones con las repúblicas latinas. ¿Cómo

infundirán respeto a los nuevos Estados europeos si toleran agresiones en el continente dócil a su dirección moral? Si entre pueblos menores, en sociedades semejantes, democracias sin largo pasado, no aciertan a establecer el reino de la concordia, sonreirán los Estados lejanos cuando la república intrusa pretenda enseñarles cómo se conquista la estabilidad.

A los periodistas mexicanos, a los estudiantes, a los diplomáticos del mundo ibero, ha explicado Mr. Wilson su doctrina. En el varón fuerte habita la dulzura. En vez de admoniciones y manifestaciones de un poder abrupto, la enseñanza de la igualdad. Somos, dice a naciones secundarias, el hermano mayor, *the Big Brother*. Un crecimiento inesperado ha puesto en nuestras manos, habituadas a la lucha, fuerzas exorbitantes.

No podéis oponeros a nuestro predominio. Pero en vez de constituir para vosotros una amenaza, aspiramos a enseñaros cómo se conquista riqueza, poder, preeminencia. Nuestro oro colmará vuestras arcas, nuestra ciencia construirá rutas y fábricas en la majestuosa soledad de vuestras llanuras. Vamos a colaborar en esta era nueva, olvidando rencores y errores de un turbio pasado. Fundaremos una asociación de repúblicas iguales, para la paz y el progreso económico. No habrá guerra de conquista, usurpación de territorios, provincias bajo ominoso yugo extranjero, en este mundo libre. Si alguna república ataca a su vecina, convocaremos a los demás pueblos y juntos intervendremos para devolver al continente inquieto la estabilidad y la unión. Alguna vez nosotros mismos, animados de espíritu satánico, os llevaremos la discordia. Entonces, vosotros todos virilmente congregados contra el fuerte, nos impondréis la paz.

El antiguo imperialismo fracasa y se establece una fuerte sociedad entre países semejantes. La América dividida, insegura, se transmuta en continente armonioso. Esta admirable realidad exige de todas las naciones enérgica reforma interior. Antes de ingresar en esa asociación para la paz, vencerán en sí mismas atávicos males, afirmarán el orden, depurarán las finanzas, renunciarán a mediocres luchas periódicas. En el pensamiento de Mr. Wilson lentamente, en relación con este esfuerzo, serán llamadas las repúblicas de ultramar a la futura liga de las Américas.

Cuando Mr. Knox afirma que el monroísmo es una política original que los Estados Unidos definen y aplican según su albedrío, sin someter su voluntad omnipotente a normas fijas, *quia nominor leo*; cuando una minoría de senadores republicanos amenaza con esta arma singular a democracias infantiles, el wilsonismo se siente amenazado y vencido, pero con él perece la amistad de los dos continentes, sajón e hispanoportugués. La América será wilsoniana o se abismará definitivamente el paname-

ricanismo y celebrarán los pueblos de América alianzas parciales con las naciones de Occidente, con Inglaterra, Francia, Italia o Alemania, en el orden de sus simpatías o de sus intereses, aun con el Japón para contrapesar, con fuerzas de Oriente, la abrumadora preeminencia de la república sajona.

El centro de los negocios humanos pasa de Londres y París a Washington. Allí residen el oro despótico y el nuevo y rudo ideal. Llega para el continente colombino la hora de las decisiones trascendentales. Mr. Wilson, con su flexible doctrina, puede agrupar a naciones semejantes. El imperialismo, según la tradición de Mr. Roosevelt, establece entre el Norte y el Sur del Nuevo Mundo separaciones irreducibles. Europa —no sólo el mundo sajón, sino también las naciones de abolengo latino— ignora o desdeña a la América española. Ninguno de sus políticos repite la profética frase de Canning; ninguno prepara la alianza de la América y el Occidente europeo contra la futura hegemonía sajona. Ignorancia, angustia de los intereses y de los problemas inmediatos; estrechez de horizontes explican este olvido de la verdadera política, del arte mayor de asociar voluntades y pasiones en todas las avenidas del mundo. [...]

Inglaterra y sus colonias constituyen una Liga de Pueblos. Los *dominios* aspiran a una completa libertad. El mundo sajón se organiza para imponer a razas en constante discordia sus leyes y sus productos, su lengua y su ideal. A ejemplo de esta unión fecunda, el wilsonismo funda en las tres Américas la verdadera sociedad de naciones. Tal es su tentativa vigorosa frente al caos. Y cuando Europa decline, cuando la amenace una nueva barbarie, rebelión de clases inferiores, guerra contra el orden y el capital antiguos, podrán venir del mundo más joven, suprema reserva del Occidente caduco, principios claros, hábitos eficaces, un gran olvido de los antagonismos de credo y de sangre, un profundo renacimiento político.